

BALADA PARA EL VIEJO DE LAS PALOMAS

Lo conocí de casualidad, raramente voy al parque a la hora que la luz se hace difusa y los niños abandonan sus juegos ante el llamado perentorio de sus madres.

Ese día necesitaba un poco de aire fresco, un poco de verde para descansar mi vista del teclado, un poco de relax.

Lo vi en la semipenumbra y me asusté, tenía los ojos cerrados y muchas palomas se asentaban en su cuerpo buscando algo.

Pensé que estaba muerto. En la penumbra, las palomas parecían aves carroñeras dispuestas a darse un festín.

Me acerqué y las aves volaron asustadas. Él abrió los ojos, no estaba muerto.

Le pregunté todo lo que una buena samaritana pregunta en esos casos: si necesitaba algo, si estaba enfermo.

Su cara arrugada se iluminó en una bella sonrisa.

- Estoy bien, debo haberme quedado dormido. Gracias por preocuparse.

Balbuocé:

- Me asustaron las palomas...

- No se preocupe, ellas son amigas, mis únicas amigas...

- ¿Por qué se le acercan? generalmente tienen miedo.

- Es un viejo truco, pongo granos de maíz entre la ropa y ellas los buscan.

Todo estaba aclarado, el anciano gozaba de buena salud. Me levanté para irme.

- ¿No quiere quedarse un rato? Hace tanto que no hablo con una mujer.

No me gustó la última parte y dije que tenía que irme.

Como si adivinara mis temores, dijo:

- Soy totalmente inofensivo, piense que tengo más de ochenta.

- No eran necesarios sus argumentos, en realidad quería saber más.

Quería saber sobre él, pero él comenzó a indagar sobre mí

-¿Qué hace, usted, señora? Pienso que debe de tener una profesión muy hermosa.

- Soy una triste profesora de piano, en un tiempo quise ser concertista.

- Es muy hermoso enseñar música, estar en la cima no siempre nos hace felices.

- Parece que habla con conocimiento de causa.

- Si señora, durante muchos años fui un juez famoso, no quiero acordarme de los pobres infelices que mandé a la cárcel. Fui profesor en la facultad y dicté conferencias en las grandes universidades ¿para qué?

- Su familia debe de estar orgullosa de usted.

-Mi familia... sí, estaban orgullosos, yo ganaba bien y ellos podían tener lo que querían. Pero un día dije basta, quería viajar sin tener que ir a conferencias o congresos, escribir libros que no trataran de derecho penal, y me jubilé. Se vino el mundo abajo: mi mujer pidió el divorcio y mis hijos no me hablaron más.

- ¿No entendían que usted tenía derecho a cambiar de vida?

- No lo entendía nadie, ni mis colegas ni mis amigos.

El hombre de las palomas se quedó pensando un rato, luego dijo:

- Entonces les di todo lo que tenía, el piso donde aún vive mi mujer con un marido más joven, la casa del country que usábamos los fines de semana, el departamento de Punta del Este, todo, hasta mi auto, a pesar de que cada uno tenía el suyo. Solamente tomé unos pesos para comprar la casita donde vivo, en este barrio tranquilo de gente trabajadora que no saben quién soy, mejor dicho, quién fui.

Le pregunté por su relación con las palomas.

- Un día se me ocurrió hacer un truco que había visto en la Plaza San Marcos de Venecia. Cuando lo hago se acercan los niños con curiosidad y temor, no sólo a usted la asustan las palomas.

No supe qué decir, en ese momento pensaba si todo era un invento del viejo que vivía en la plaza y trataba de llamar la atención y obtener... ¿qué? una limosna, simpatía. Me sentía confusa.

Antes de despedirme, le pedí su nombre.

Se rió y dijo:

- Mujer de poca fe, vaya a la biblioteca pública y busque los diarios de los años ochenta y noventa, encontrará mis fallos en el juzgado 21.

Nos despedimos. Nunca fui a la biblioteca ni busqué los diarios.

Muchas veces volví a la plaza a la hora del crepúsculo y nunca lo encontré, sólo estaban las palomas asentadas en el banco, esperando.